



## ¿Qué es un buen lector?

¿Qué es un buen lector?, esa es la pregunta que me hicieron, y de verdad mi cabeza quedó en blanco, para luego explotar en una serie de ideas locas y recuerdos que me llevaron a mi infancia. Quiero que recuerdes ¿cómo te involucraste con los libros?; fue tu profesora de literatura que te dio la típica lectura obligatoria; ¿fue una amiga que te prestó un libro romántico con personajes melosos que sufrían por un amor inconcluso?; ¿tu abuelo con un libro de historia que daba cuenta de hechos que él recordaba perfectamente y que le hacían viajar al pasado con esa música de baile de salón?; o quizá fue por mera casualidad cuando encontraste en un estante de tu casa un título sugerente que te hizo abrir ese elemento de tapa blanda o dura, que mientras lo hojeas emanaba un extraño e inconfundible olor a recuerdo, a hojas guardadas, a cartas escritas a mano, a té con canela o café recién servido.

No llevo la cuenta de los libros que he leído, pero sí sé cuál es el primer cuento que marcó mi existencia como lectora y luego el segundo que recibí de manos de mi padre, un asiduo lector que siempre tiene en su velador un libro para las noches de desvelo o para las tardes quietas de provincia.

El Príncipe Feliz de Oscar Wilde, “en la parte más alta de la ciudad, sobre una columnita se alzaba la estatua del Príncipe...”, esa fue la introducción, pero luego en la lectura pausada e inquietante de mi padre, que procuraba dar suspenso al relato, aparece aquella golondrina, enamorada de un junco y luego, a pesar de su vanidad tuerce su destino para servir a un príncipe atrapado en el cemento, ayudando a cumplir los deseos y esperanzas de otros. Sin duda un cuento de una tristeza inmensa, que mi padre leyó tratando de que algún valor quedará pegado en mí, a fuerza de repetición de ese inolvidable cuento. Siempre los adultos tratan de traspassar algún tipo de mensaje a los niños y niñas, a través de historias con moralejas, enseñanzas etc. Pero también hay cuentos que existen porque si, no necesariamente responden a una lógica de aprendizaje, sino más bien a un deseo del autor de verter algo que está dentro suyo, algo que quizá solo descubre a medida que las palabras van plasmándose en el computador. Y eso me parece apasionante como

lector, el leer algo tan único, tan personal, que se convierte en una historia compartida.

Y es en ese descubrir en el que te topas con novelas que marcan tu vida, que recuerdas siempre, que pasan también a ser parte de tu historia. En la adolescencia leí “La Sangre y la Esperanza” de Nicomedes Guzmán, autor que murió en 1964, con un fuerte arraigo social en sus novelas, me abrió los ojos a un mundo oculto, de vías férreas, de prostíbulos, de niños descalzos, de una cruda realidad y a la vez teñida de una ternura infinita, un Chile que existió y que aún existe. Fue tan conmovedor leerlo que los personajes quedaron plasmados en mis recuerdos hasta ahora.

¿Alguna vez te ha pasado, abrir un libro y sin darte cuenta avanzar hasta la página 40 sin detenerte y sin sacar los ojos de encima como si hubiese imágenes en 3D emanando de aquel pequeño amasijo de hojas que van armando una trama que no puedes soltar?. Sabes que es tarde, que tus ojos no pueden más, pero ahí estás saboreando los cambios de escenario, la complejidad de algún personaje, la mira oculta de un narrador omnipresente, y estiras las horas como si el reloj pudiese detenerse. El cansancio se apodera de ti y cierras ese libro lentamente como si pudiera hablarte y decirte ¡sigue!, ¡no me sueltes!. Esto es lo más parecido a una relación tóxica, jajaja, donde no existe nadie más que tú y el libro deseoso de que tus manos abran sus páginas.

El placer de un buen libro es como una buena cena, se disfruta, la sientes en el paladar, te provoca placer, alegría, incluso puede evocar recuerdos. Muchas veces, me he encontrado saboreando mis lágrimas en la comisura de mis labios, sin darme cuenta que esa última página me ha hecho sentir una pena inmensa, el peso del dolor de un personaje perdido, que no encontró espacio para redimir su historia y se queda ahí en el libro con un final sin derecho a cambios. De esos libros me cuesta recuperarme, dejo pasar algún tiempo antes de tomar otro, antes de pasar mi mano por sobre una nueva tapa y un nuevo título. Esto fue justo lo que me pasó con la autora Brit Bennett y su libro la “Mitad Evanesciente”, desgarrador, una historia donde los personajes intentan buscar su sitio en un país con dolores y quiebres profundos, al igual que con la novela “La guerra no tiene rostro de mujer”, de la premio Nobel, Svetlana Alexiévich, una necesaria

mirada histórica desde los ojos de cientos de mujeres. Totalmente recomendados.

No sé realmente qué es un buen lector, yo en lo personal no marco los libros, mi hija pega decenas de posts marcando frases que para ella parecen imborrables, lo creo un buen ejercicio, pero a mí no me resulta. Simplemente dejo que mi vista viaje por las palabras, frases, párrafos y muchas veces sin detenerme. Cada uno tiene su método, cada uno experimenta de manera distinta el acercamien-

to al arte de la escritura, cada uno tiene sus gustos, sus pequeñas mañanas, su lugar favorito para leer. Lo importante es el disfrute, ya sea acompañado de una copa de vino, una tarde de lectura compartida con otro que se enfrenta a otra historia, bajo un árbol, en tú sillón favorito, en una biblioteca, donde sea un libro te hará experimentar emociones diversas y eso es remover el alma, sacarte de una zona común para llevarte a un viaje personal. Solo disfrútalo.

Carolina Castro Mondaca